Mi primera lectura de esta serie, es una obra realmente magnífica: "Las ratas", de Miguel Delibes. He ahí un escritor hecho paso a paso, libro a libro, podríamos decir; contrafigura de este tipo de escritor-relámpago, consagrado por una primera obra sensacional, a veces más efectista que lograda. Delibes ha ido puliendo en el trabajo pacienzudo, en el tiempo, en el estudio, en la serenidad, toda una serie de tipos, todo un sistema de expresión y una técnica de novelar que ahora ha llegado a un punto difícilmente superable. Los que conocíamos al Delibes de "La sombra del ciprés es alargada", nos sorprendimos agradablemente con "El camino"; más tarde fué "Mi idolatrado hijo Sisí", el drama del hijo único, novela de auténtico valor, el que nos dió constancia del avance firme de su autor por el camino de la verdad. Hace poco y casi juntos, leímos los dos "Diarios"; el cazador que después, por azares de una vida limitada, cae en la tentación de cruzar el charco y nos cuenta, con un candor incontaminado, sus aventuras americanas, es un tipo de antología. En los "Diarios" Delibes alzanza su madurez como creador de tipos y como pintor de costumbres.

"Las ratas" no se aparta de esta línea si no es en un sentido progresivo, de acercamiento a la perfección. Carece casi de trama argumental, o acaso es tan leve que escapa a la descripción; porque, siendo como es, un retazo sin principio ni fin de la vida de un pueblo, de un recóndito y miserable pueblo castellano (con su quehacer diario, jalonado de mínimos acontecimientos, solo truncado por los dramas colectivos que desencadenan las heladas y las tormentas) su argumento es un hilo finísimo que corre paralelo a esos días y a esas noches aparentemente - para una mentalidad ciudadana - de una monotonía realmente sobrecogedora.

En este ambiente rural, paupérrimo, se mueven los personajes mejor y más bellamente trazados. Justito, el alcalde, cuya idea fija es terminar con las cuevas para lograr un ascenso y asi realizar el más alto sueño de su mujer: vivir en la ciudad, aunque sea en un suburbio - ¡Oh, lo relativo de nuestros sueños! -; Doña Resu, especie de redentora del Niño; laSime, enterradora de muertos entre cínica y mística; su padre, enciclopedia del

MD
FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

saber del pueblo, figura que el cáncer y los años hacen fantasmal y repelente; el Furtivo, el mal cazador en quien el genio creador de Delibes ha volcado todo su desprecio de empedernido cazador. He dejado adrede para el final los dos protagonistas del libro: el Nini y el tio Ratero, el NIÑO y el HOMBRE del libro que, con su desquiciada humanidad de superniño e infra-hombre, se convierten en dos prototipos inimitables. Si el Nini, fruto de incesto, hijo de loca, nieto de tres abuelos, es, por puro milagro de la naturaleza, un ser de extraordinaria inteligencia natural, niño precozmente sabio de todas las sabidurías que la vida enseña, niño dolorosamente cuerdo, sensato y sufrido; el tio Ratero es, con su físico (recordemos estas manos con los dedos iguales, "como cortados a guillotina") con su mutismo, con su tozudez animal y no obstante tan sentimental, con su obsesión por las ratas y su venganza, tanto tiempo roída como un hueso; es, digo, la ante-figura del Nini, y al mismo tiempo su complemento, la parte que constituye con él un todo orgánico y vital. El lector no puede menos que sentir una lástima hondísima por este niño-cazador de ratas, por este hombre-vendedor de ratas, por este pueblo alimentado de ratas y convertido él mismo en una inmensa ratonera de seres atrapados, cuya máxima esperanza es la cosecha, cuyo peor castigo es la helada y cuyo principal deseo son las ratas de agua. Porque Delibes ha creado su libro con amor, con ternura, con profunda caridad, es por lo que nosotros lo leemos con pena, con dolor y con caridad también. Hay un mundo de ratas como éstas y Delibes no hace más que denunciarlo y echar sobre él un chorro de luz cegadora.

Todo ello servido con un diálogo ágil, con una riqueza de léxico solo comparable a Cela (y conste que no digo esto para establecer comparaciones, siempre odiosas, sino como una medida de su perfección). Son hermosísimas las descripciones del campo, del cielo, de las heladas y las lluvias, de los bichos y de las hierbas, del perro, y de los cortos, chatos vuelos del pensamiento de sus gentes; citaría con gusto fragmentos y fragmentos. Delibes conoce a fondo todo cuanto ha descrito, y además lo ha hecho con un medio lingüístico riquísimo. Pero "Las ratas" no

MD

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

es solo ésto; sus hombres, sus tipos acabadísimos en sus menores detalles de conducta, de vestimenta, de movimientos; la vida del lugar, su raquitismo, su miseria; el drama, no, mejor la tragedia, desorbitada en su causa, que cierra el libro; las descripciones del verano, el concierto obsesionante de los grillos, "que se oye"; en fin, todo. En un libro sin desperdicio, magistral.

Por si ello fuera poco, el escritor ha soslayado con gusto el final feliz, o el final a secas, que antes era obligado. Fiel a su concepto de la novela como descripción real, no intenta inventar un fin arbitrario y convencional. Cierra el libro donde se cierra el trágico episodio en que hombres y perros -¿quiénes son quiénes?- luchan sangrientamente, hasta la muerte, por las ratas que son título, símbolo y leit-motiv de esta obra. Después, uno se queda con el libro en la mano mirando, sin ver, a este niño desgarradoramente solo, cuyo futuro desconocemos nosotros - y él...

CARMEN GUASCH,

Olot, Octubre 1962

RADIO POPULAR

Figueras

MD

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES